

**LA CABRA DEL Sr. SEGUIN.**

(DE ALPHONSE DAUDET)

## LA CABRA DEL SEÑOR SEGUIN.

---

Nunca el señor Seguin había tenido buena suerte con sus cabras.

Las perdía á todas del mismo modo. Un día ú otro rompían la cuerda y trepaban á la montaña para morir allí, despedazadas por el lobo. Y no había consideración que las retuviera: ni las caricias de su amo, ni el miedo al terrible enemigo. Eran, según parece, cabras voluntariosas que querían, á toda costa, aire puro y libertad.

El buen señor Seguin que nada entendía del carácter de sus animales, estaba consternado y decía:

—¡No hay remedio! Las cabras se fastidian en casa, ya no conservaré á ninguna.

No se desanimó del todo, sin embargo, porque tras de haber perdido seis cabras de igual manera, compró otra, la séptima; sólo que tuvo el cuidado en esta ocasión de escogerla muy nueva para que mejor se acostumbrase á permanecer á su lado.

¡Y qué hermosa era la cabrita del señor Seguin! ¡Oh! ¡Qué simpática con sus ojos apacibles, su piocha de alférez, sus pezuñas negras, lucientes; sus cuernos cebrinos, y sus pelos blancos y largos que la vestían como de un traje talar! Y luego, tan dócil, tan amable, dejándose ordeñar sin moverse, sin meter la pata en la escudilla: un primor de cabrita.

Tenía el señor Seguin detrás de su casa habitación, un terreno circuido de oxiacantos. Instaló allí á su nueva pensionista, la ató á una estaca en el punto más bonito del prado, cuidando especialmente, de dejarle mucha cuerda y acercársele, de tiempo en tiempo, para saber si se portaba bien. La cabra parecía feliz, comía de tan buena gana, que el señor Seguin estaba encantado.

—¡Vaya!—consideraba el pobre hombre—

Poseo, al fin, una cabra que no se aburrirá en mi casa.

Pero el señor Seguin se forjaba ilusiones: tan se aburría la cabra, que ya había dicho alguna vez, mirando á la montaña:

—¡Oh, qué bien se debe estar allá arriba! ¡Qué placer el de retozar y andar saltando entre la maleza, sin esta sogá maldita que le desuella á una el cuello! ¡Bueno será para el asno y para el buey rumiar su pasto en cualquier corral; á nosotras, las cabras, nos hace falta espacio! . . . .

Y á partir de ese momento, la hierba del cercado le pareció insípida, llególe el fastidio, enflaqueció; su leche disminuía de un modo notable. Lástima causaba verla todo el día tirando de la cuerda, con la cabeza vuelta hacia la montaña y dilatada la nariz, gritar: ¡«Me!» tristemente.

El señor Seguin conocía bien que algo le pasaba á su favorita, pero no sabía qué. Cierta mañana, cuando acababa de ordeñarla, volvióse ella y le dijo en su caló:

—Oiga Ud, señor Seguin, yo me entristezco aquí mucho: déjeme ir á la montaña.

—¡Ah, Dios mío! ¡Ella también!—clamó el señor Seguin estupefacto.

Y de la impresión, dejó caer la escudilla.

A poco, sentándose sobre la hierba al lado de la cabra:

—¡Cómo, Blanquita! ¿Pretendes abandonarme?

—Sí, señor Seguin.

—¿Acaso te falta aquí buen pasto?

—¡Oh, no, señor Seguin!

—Tal vez te sientas atada muy corto. ¿Deseas que te alargue la cuerda?

—No es eso, no es eso, señor Seguin.

—Entonces... ¿qué te falta? ¿Qué quieres, eh?

—Quiero ir á la montaña, señor Seguin.

—¡Pero desventurada! ¿No sabes que en la montaña está el lobo? ¿Qué harás cuando se encuentren?

—Le atacaré con mis cuernos, señor Seguin.

—Vaya, vaya! El lobo se burlará de tus cuernos; á cabras mucho mejor encornadas que tú, se las ha comido. La vieja Sultana, ya lo sabes, que vivía aquí el año pasado;

una señora cabra fuerte y brava; brava como un carnero, que peleó toda la noche con el lobo y al cabo ¿para qué? Para que él la destrozara en cuanto apuntó la aurora.

—¡Caspitina! Pobre Sultana! Pero no importa, señor Seguin, déjeme ir á la montaña.

—¡Bondad divina!—exclamó el señor Seguin.—¿Qué les han hecho á mis cabras? Todavía esta que me la va á comer el lobo. ¡No ha de ser... por mi vida! ¡Yo te salvaré á pesar tuyo, ingrata, pícara; y de miedo que vayas á romper la cuerda, te encerraré en el establo, donde te quedarás para siempre!

Y diciendo y haciendo, el Sr. Seguin se llevó á la cabra á una cuadra estrecha y obscura, de la cual aseguró la puerta con alda y cadena. Pero ¡oh, desgracia! se olvidó de la ventana y apenas hubo vuelto la espalda, la prisionera se escapó.

Hubo un regocijo general cuando la fugitiva llegó á la montaña. Jamás los añosos pinabetes habían visto nada más particular. Fué recibida como una princesa; los castaños se inclinaban hasta el suelo para acariciarla con la punta de sus hojas; las retamas de oro se

abrían á su paso y aromatizaban el ambiente cuanto era posible. En fin, toda la montaña festejó el suceso.

No había ya cuerda, ni estaca, ni cosa que la impidiese correr y triscar á su antojo. Allí sí que no escaseaba el pasto. . . . ¡Y qué pasto, vamos! ¡hasta por encima de los cuernos! Hierba fina, blanda, sabrosa, variada de mil plantas; . . . ¡otra que la del césped de cercado! . . . ¿Y flores? . . . ¡Bah! . . . Grandes campánulas azules, digitales de púrpura de largos cálices, una selva cuajada de flores destilando sus jugos embriagantes.

La blanca cabrita, medio aturdida, se revolcaba allí dentro con las piernas al aire dejándose rodar por las pendientes, en confusión con las hojas caídas y las castañas. . . . Repentinamente, de un salto, enderezábase sobre sus patas ¡Hop! ¡Allí va, allí va como una flecha, alta la cabeza, á través de madroños y zarzales, ora sobre una eminencia, ora en el fondo de un barranco, de la derecha á la izquierda; por arriba, por abajo, por todas partes. Diríase que había diez cabras del Sr. Seguin en la montaña.

Nada le causaba miedo á la Blanquita. Franqueaba, de un brinco, grandes torrentes que la salpicaban, al paso, de polvo húmedo y de espuma; y entonces, empapada, chorreando, iba á extenderse sobre alguna roca plana y á secarse al sol. Una vez que avanzó hasta la orilla de una meseta, con una flor de cítiso en los dientes, percibió abajo, muy abajo, en la llanura, la casa del Sr. Seguin con el cercado detrás; y eso la hizo reír hasta llorar.

—¡Qué pequeño es!—dijo—¿Cómo pude aguantarme, encerrada allí dentro?

¡Pobrecilla! Encaramada en aquella altura, se creía grande, tan grande como el mundo!

Por lo visto, era un buen día para la cabrita del Sr. Seguin. Hacia la hora de la siesta, corriendo de aquí para allá, vino á parar entre un rebaño de gamuzas que, con voraz é incitante apetito, se hallaban talando una fértil viña. Nuestra joven corredora de bata blanca, hizo sensación; le cedieron el mejor lugar en la viña.

. . . De pronto, el viento refresca, la mon-

taña se torna de color violeta. Empezaba la noche.

—¡Ya!—suspiró la cabrita;—y se detuvo muy azorada.

Los campos, abajo, distinguíanse apenas, velados por la bruma. El cercado del Sr. Seguin desaparecía entre la niebla, y de la casita no se divisaba más que el techo y algo de humo. Blanquita oyó las campanillas de un rebaño volviendo al aprisco y entonces se sintió triste, muy triste. Un buitre que á la sazón descendía, la rozó, al pasar, con sus alas y la hizo estremecer. A poco, un aullido prolongado repercutió en la montaña: ¡Hu, hu! . . . .

Ahora pensó en el lobo. Durante el día, la ilusa no había llegado á pensar.

Casi al mismo tiempo, el sonido de una trompa repetía sus ecos más y más lejanos, por el valle. Era aquel buen señor Seguin que probaba un último esfuerzo.

—¡Hu, hu!—hacía el lobo.

—¡Ven, ven—gritaba la trompa.

A Blanquita, como que la tentara la gana de volver al redil; pero al acordarse de la estaca y de la cuerda, y de la haya del cerca-

do, acabó por opinar que no pudiendo ya imponerse á aquella vida, lo mejor sería quedarse.

La trompa no sonaba ya . . .

La cabra sintió detrás, á poca distancia, un ruido de hojas; volvióse y miró, en medio de la sombra, dos orejas cortas, muy derechas, con dos ojos que relucían. . . ¡El lobo!

El lobo, enorme, inmóvil, sentado sobre sus patas traseras, se encontraba allí sin apartar la vista de la cabra y saboreándola con anticipación. Como sabía muy bien que iba á comérsela, no se apresuraba; pero cuando ella lo observó, él reía con feroz malignidad:

—¡Ah, ah! ¡La cabrita del señor Seguin!

Y paseó su grande lengua roja sobre sus jetas de yesca.

Blanquita se consideró perdida. Vinole, al momento, el recuerdo de la historia de la vieja Sultana que, no obstante haberse bati-do toda la noche, el lobo se la había comido al amanecer. Y así, pensó que acaso fuera preferible dejarse comer en seguida; mas lue-

go, como recapacitando, se puso en guardia, con la cabeza baja y los cuernos hacia adelante; resuelta cual una cabra valiente, de las del señor Seguin! Y no porque la animara lá esperanza de matar al lobo—(las cabras no matan á los lobos); sino únicamente para ver si podría resistir tanto tiempo como la Sultana.

El monstruo avanzó y los cuernitos entraron en juego.

¡Ah, la cabrita valiente! ¡Qué bien embestia; y cuán á tiempo retrocedía para volver á ponerse en guardia! Más de diez veces forzó al lobo á retroceder á su turno, para tomar resuello.

Durante esas treguas de un minuto la glotona cogía, rápida, algún puñado de su querida hierba; y volvía al combate con la boca llena.

De esta suerte traşcurrió la noche. De vez en cuando, la jadeante cabrita contemplaba las estrellas que cintilaban en el claro firmamento, y se decía:

—¡Oh, con tal de que logre sostenerme hasta el alba!...

Las estrellas, una trás otra, fueron extin-

guiéndose. La cabra del Sr. Seguin redoblabá sus cornadas; y el lobo menudeaba sus mordiscos.

Una ráfaga de luz matinal asomó por el oriente. El canto de un gallo ronco surgió de una alquería.

—¡Al fin!—dijo la pobre cabrita que ya sólo aguardaba, fatalmente, el día para morir.

Y se tendió á lo largo, envuelta en su túnica blanca, toda manchada de sangre.

El lobo, entónces, se echó sobre ella y la devoró.

FIN